

de los alcances de su luz y de nuestra vista, y que la razón no ve ya en todo el universo otra cosa que una espesa y vasta obscuridad; en fin la nada.

Si eres ¡O Lorenzo! capaz de atender, habrás reconocido que Dios se declara á favor de estas verdades. Habrás visto que la naturaleza te la anuncia, sea con su ordinario curso, sea con los fenómenos que lo interrumpen. Habrás oído á los cielos gritar sobre tu cabeza: *el hombre es inmortal*; y á la tierra repetir: *el hombre es inmortal*. El mundo es un sistema completo de teología natural: no es necesaria la ciencia de las escuelas para entenderla: no se necesita mas que ser virtuoso; y el rústico labrador puede ser sabio sin dexar su arado.

No hay cosa alguna que sea milagrosa para Dios. Todo es fácil á su poder, y supuesto este, nada hay imposible; pero si se prescinde de la existencia de Dios, todo es un caos; la menor cosa es ya un misterio mucho mas incomprendible que todos aquellos que tu orgullosa razón repugna. ¿Por qué, pues, escoges el peligroso sistema de oponerte á los misterios, pues que en este mismo sistema encuentras otros muchos mas inexplicables? ¿Qué cosa hay en el mundo, por pequeña que sea, que no sea para tí, si la exáminas, un portento inconcebible? Nuestra razón es tan limitada, y Dios es tan grande, que aquello mismo que mas nos admira, y mas incomprendible nos parece en la sagrada Escritura, debe hacérsenos mas verosímil, y ménos dificultoso de creer. La fe no es el tormento, sino el descanso de la razón. ¿Y qué cosa es la razón? No es mas, si bien se define, que la rectitud del alma, y para que esté enteramente recta ha de seguir la dirección de la fe.

La falta de fe de la vida futura es la semilla de todos nuestros vicios; las pasiones acuden á fo-

mentarla con su calor y la hacen brotar: privado de ella no halla el hombre apoyo para sostenerse en las sendas de la virtud: abandonado á su propia flaqueza, cae de uno en otro delito, y rueda de precipicio en precipicio. La virtud no puede nacer y prosperar, sino enertada en el árbol de la inmortalidad: se marchita y muere con él como el fruto con la raíz que lo alimenta, y el niño con la madre que lo lleva en su vientre. Hay hombres que no contentos con la precisión de morir, aspiran á cesar de existir enteramente, siendo así que si exáminan su corazón tiene la mas horrible repugnancia á ámbas cosas. Si se les pregunta la razón verdadera de su modo de pensar, se guardarán de confesarla: pero ya la sabemos. ¡O extraña alucinación de los sentidos! Estos hombres ya no tienen de tales mas que la figura: aunque andan derechos, aunque elevan su frente hácia el cielo, sus inclinaciones estan abatidas hácia la tierra, en la que arrastra vilmente su corazón: al paso que solo ensalzan los deleytes, estan perseguidos del dolor: hechos unos habladores, enemigos de la razón y del juicio, llegan á ser los mas infames de los vivientes; y la superioridad de su naturaleza, no sirve mas que para acrecentar su ignominia.

En cada uno de ellos vemos un cúmulo monstruoso de las mas extrañas contradicciones. Renuncia ¡O Lorenza! á su hermandad impia. Arroja con horror á Voltaire y lee á S. Pablo, cuya alma arrebatada á los cielos, encenderá la tuya en amor de la virtud. La verdadera libertad de pensar no consiste en detenerse con el entendimiento en cada una de las partes separadas de quanto existe sin pasar á las demas, sino en abrazar con él las respectivas conexiones de todas ellas, haciendo viajar á nuestra alma por todas las provincias que

puede correr con la luz de la revelacion por guía; en penetrar á lo interior de la esfera del hombre; dar la vuelta á todo el universo; recorrer lo mas oculto del espacio y del tiempo; familiarizarse con sus maravillas; registrar sus secretos abismos; y como un Príncipe, que por ambicion y por interes debe conocer aun los Estados mas apartados, hacerse cargo aun de lo mas remoto de todo el sistema de este orbe perfecto, en donde las verdades se alumbran mutuamente, una á otra se sostienen, y forman una basa sólida, una bóveda incontrastable, que lleva sobre sí toda la mole de un convencimiento completo y decisivo. Quanto mas peso carguemos sobre esta bóveda, mas firme nos sostendrá. Quanto mas examinemos sus maravillas, mas ilustrados y persuadidos quedarémos.

Esta es la verdadera libertad de pensar que conviene al hombre, y no el ceñirse á un átomo, ó limitar la vista al espacio de una hora. Levanta los ojos, y pasea con ellos ese teatro de la noche. ¿Qué son todos los Reynos de la tierra en comparacion de esos globos inmensos por donde el alma ha de caminar algun dia? ¿Y qué son esos mismos globos respecto del hombre formado á imagen de la Deidad? Toda esa muchedumbre de esferas, para la qual parece estrecho el vasto firmamento en donde está acumulada, puede rodar libremente en la capacidad del alma, quedando en ella lugar sobrado para admitir otra muchedumbre muy superior de globos mayores, y de nuevos mundos.

En este mundo, que no excede el tamaño de un átomo, no hay cosa que puede detenernos sino los amigos que en él tenemos. Lucia, Narcisa y Filandro, ya lo han abandonado. El sepulcro, como el Cancervero de la fábula, ha abierto su triple garganta, y ha repetido á lo interior de mi alma con

tres ahullidos mortales las verdades que canto. El vasto océano de la eternidad ¡O Lorenzo! se dilata á tu vista. Por él navega tu amada Clarisa. Desata tu alma de la tierra, de esa roca en que se estrellan las almas inmortales; corta el cable, leva áncoras, tiende las velas, aprovecha los vientos, fixa la vista en tu estrella polar, y gobierna hácia las regiones de la vida verdadera.

Así como el hombre es un compuesto de dos naturalezas diferentes, así goza de dos géneros de vida, y padece otros tantos géneros de muerte; una de estas es mas terrible que la otra. En la vida animal debe su subsistencia al sol, vive con su benigna influencia, y con los frutos que le proporciona. La vida intelectual necesita de alimento mas noble. Se lo dan los divinos rayos del Criador del dia. Quando despues de desechar el sol del cielo nos falta el de la tierra, que es lo que sucede á los que fallecen sin salir de sus maldades, sumergidos en una noche universal, padecemos duplicada muerte. No hace el cielo esfuerzo para precipitarnos en ella; caemos en fuerza de una ley tan natural como la que hace caer hácia la tierra todo cuerpo grave. Para que el hombre despues del primer pecado pueda unirse con Dios, es menester que uno de los dos padezca mutacion, pues que la luz y las tinieblas no pueden habitar juntas, y no ha de ser seguramente Dios el que se mude.

Si padeces esta duplicada muerte no acuses á Dios de cruel; Dios quiere hacerte dichoso, solo con que tú no te niegues á ello. El cielo dexó al hombre y á todos los entes dotados de inteligencia, la noble pero peligrosa facultad de poder resistir á sus intenciones benéficas. Esta libertad era una calidad indispensable; sin ella los ángeles y los hombres no serian mas que unas máquinas me-

ramente pasivas, incapaces de merecer ó desmerecer. El poder elegir á voluntad cada uno su felicidad ó su desgracia, es una cosa esencial é inseparable de todo ente racional: sin ella la razon seria ociosa é inútil. El hombre que no tuviese libertad en este tiempo de merecer para hacerse desgraciado, no la tendria para hacerse dichoso. El cielo desea nuestra felicidad, nos la ofrece, nos convida y nos mueve á aceptarla; pero sin precisarnos. En manos del hombre está su eterna suerte. Si cae en el abismo, él es el que se precipita, y es inevitable que cayga en él todo aquel que quiere ignorar su inmortalidad, hasta la hora en que la muerte se la persuade.

¿Y en qué consistirá que aun dudes de tu futura vida? Yo te lo diré. Qualquiera que tiene motivos para temer la vida venidera, dexa de desearla: y apenas dexa de desearla, quando hace esfuerzos para dudar de ella. Así no hay cosa que mas claramente indique una conciencia delinquente que la incredulidad. Quando el pensamiento de lo futuro viene á visitar á los incrédulos, y penetra por fuerza dentro de su alma, se amilanan, tiemblan, y le dan asenso. ¡Cómo! ¡Ser incrédulo, y temer lo futuro! ¡Temer un sueño, una fábula!—¡Ah! Sus terrores demuestran la evidencia de la verdad que defiende: la incredulidad se desmiente á sí misma: confiesa á su pesar que hay otra vida inmortal.

En lugar de atormentar tu imaginacion para no responder á mis sólidos argumentos sino con insolentes blasfemias, reforma tus costumbres y créerás como yo. ¿Y qué mas resultará de esta reforma? No se ofenda tu vanidad. Quanto mas puras sean tus costumbres, mas sublime será tu fe: lo uno es consecuencia inevitable de lo otro. Un honrado Deista, al qual llega á alumbrar la luz

del Evangelio, se ennoblece por grados, y para en hacerse cristiano. Luego que experimenta esta feliz mudanza, son superfluos para él los argumentos: la inmortalidad se manifiesta á su alma convencida con toda la claridad de la evidencia. El cristiano habita como el Uriel de Milton en la misma esfera del sol. Nadando en aquella viva luz, no le estorva nube alguna, y el ardor de su esperanza le lleva anticipadamente al cielo. Sube ¡O Lorenzo! á la esfera de este sol brillante: la empresa es fácil: él mismo te convida y baxa del cielo para atraerte, y conducirte á la region de donde ha salido. Lee penetrado de respeto las sagradas páginas de la Escritura, en donde resplandecen las pruebas de tu inmortalidad: páginas venerables, que el universo entero no es capaz de producir, y que el incendio general de la naturaleza no puede destruir: sus divinos caracteres son indelebles: ni uno siquiera se perderá entre las ruinas de la naturaleza.

¿Te atreves á mirar con orgulloso desden el objeto de la veneracion de los cielos? ¡Infeliz! Tu ángel custodio está bañado en lágrimas á tu lado. Los ángeles y los hombres aplauden á las verdades que canto. Los impíos solos son los que con irónica risa me dan gracias de nocturno sueño, que como ellos dicen les quiero hacer creer. ¡O qué de negros vapores se levantan del fondo de un corazon corrompido, y suben á obscurecer la cabeza y la razon que en ella reside! Los talentos mismos, si no usamos bien de ellos, nos conducen á la soberbia, y esta á los excesos mas vergonzosos. La incredulidad descarada es, por decirlo así, la escarapela de los impíos; con ella adornan su osada frente, y se acostumbran á burlarse del cielo. Si llegan á adornarse en una seguridad tan hor-

renda é inconcebible, es en fuerza de haber renunciado totalmente á la razon.

¿Por qué se rebela el hombre contra la virtud y contra la fe? La causa es esta. Lo presente nos hace la mayor fuerza, al paso que lo que está por venir apénas nos hace la menor impresion. ¿Y es ser racional el portarse así? El que realmente quiera serlo, debe hacer todo lo contrario.

¿Pero por qué, me dirás, hemos de emponzoñar con tales reflexiones los pocos placeres que disfrutamos en este mundo? No tengo tal intencion, sino la de hacértelos trocar ahora por otros mas sólidos, y asegurarte para en adelante con este trueque una perpetua é imponderable felicidad. ¿No sabes que la esperanza sola de un bien superior al que poseemos, nos lo hace abandonar con gusto, y nos causa mayor deleyte que su misma posesion? Repara, para persuadirtelo, como la esperanza fuerza á la ambicion á soltar la presa que tiene asida, á despreciar la fecunda rama que tiene á mano cargada de frutos, á abandonar aunque sean cetros y coronas, para abalanzarse á otro bien remoto, y á buscar por medio de mil trabajos y mil peligros.— ¿Qué?—La tranquilidad. Si la esperanza, pues, de los bienes de la tierra, tan frívolos y pasajeros, puede hacernos dexar con gusto los que ya hemos, conseguido, y hacernos agradables las fatigas y los trabajos, ¿qué efectos no debe causar aquella esperanza celestial, cuyo objeto es un bien que tenemos seguro, siempre que no queramos perderle; aquella esperanza de una felicidad sin límites, de una felicidad inexplicable, y que el tiempo no puede acabar?

Convengamos, pues, por último, en que la suma total de nuestra felicidad consiste en la esperanza, y en la posesion de la bienaventuranza futura. Espero que nadie diga que he escogido para

mis cantos un asunto trivial y poco sublime. ¡O vosotros enemigos de la poesia! Hombres juiciosos sí; pero que despreciáis la armonía y la hermosura del verso, sin duda os olvidáis de que la poesia es el adorno de una gran parte de la sagrada Escritura. Sabed que el verso puede hacer mas agradables las verdades que tanto nos interesan. Alabais los genios graves y serios, y con razon; pero supuesto que no hay cosa mas seria, ni mas importante que la eternidad, atended á mis acentos, que no perdereis nada de vuestra seriedad y juicio.